



DE ACTUALIDAD

Hace un siglo

En estos días de vacaciones pasionarias y pascuales, más que para distraernos de públicas calamidades presentes para verlas mejor desde lejos, en el espejo de la historia, hemos estado leyendo dos libros de grandísima enseñanza hoy, cuales son los “Recuerdos de un anciano” de D. Antonio Alcalá Galiano y las “Memorias de un setentón, natural y vecino de Madrid, escritas por D. Ramón de Mesonero Romanos”. Dos libros en que se nos pone a la vista el estado político de España hace un siglo y hasta 1833 en que se acabó el despotismo anti-ilustrado fernandino. Aun que para reanudarse en forma más hipócrita en cuanto la reina gobernadora, doña María Cristina de Borbón, se torció, maleándose, de sus primeros propósitos.

¿Tendría razón aquel melifluo exaltado que fué Romero Puente al decir, hace un siglo, que “la guerra civil es un don del cielo”? Y fué otro español el que, hace más de veinte siglos, habló de guerras “más que civiles”. Y el candoroso Mesonero Romanos, al hablar de la guerra civil que surgió en España al concluirse la de la Independencia, añade: “lucha fatal entre lo pasado y lo porvenir, que dura todavía; que nosotros heredamos de nuestros padres y transmitimos a nuestros hijos y nietos, y que, Dios mediante, transmitirán estos últimos a los suyos en toda su integridad”. Palabras publicadas en 1877 por un setentón, y que siguen siendo tan actuales como hace cuarenta y cuatro años, a raíz de la Restauración.

Porque la política está como hace un siglo, cuando peleaban serviles y liberales; está como en aquellos tristes días de las postrimerías del régimen fernandino, cuando la camarilla de apostólicos que rodeaba a don Carlos María Isidro, el luego pretendiente, preparaba la guerra civil que habría de surgir a la muerte de Fernando, la guerra civil entre carlistas y cristinos. Que así, cristinos, y no isabelinos, se llamó primero a los liberales, a los de la tradición de 1812 y de 1820, a los de la Constitución y el himno de Riego.

Y hoy, al cabo de un siglo, nos encontramos, con las garantías constitucionales suspendidas, y cuando en to-

da Europa se lucha por bienes políticos del porvenir, con que hay que luchar aquí, como en 1830, por la Constitución y contra el despotismo anti-ilustrado, con que el problema que se le presenta al liberalismo español es el mismo que se le presentó entonces, con que la historia de todo un siglo ha sido una película circular, a modo de correa sin fin. Y nos acordamos del drama ibseniano “Los espectros”. Sólo que trasladado de lo individual a lo colectivo.

¿Qué enseñanzas nos ofrece hoy aquella regencia de Urgel, de apostólicos, y aquella otra de Oyarzun, establecida a la entrada de los soldados franceses del duque de Angulema, los que venían a acabar con aquella especie de bolcheviques liberales españoles—que tales debieron aparecer a la Santa Alianza europea—, regencia de que salió don Francisco Tadeo Calomarde, el que a punto de saltar el tapón, a fines de 1832, tuvo que huir a Francia, disfrazado de monje bernardo!

¿“Saltar el tapón”?—se preguntará el lector—. Esa expresión se refiere a lo que solía decir, dicese, Fernando VII, y era que: “España es una botella de cerveza, y yo soy el tapón; en el momento que éste salte, todo el líquido contenido se derramará, sabe Dios en qué derrotero.” Y el muy socarrón sabía la fuerza que da la posición de tapón allí donde se teme a la espuma de la cerveza.

Una frase de las muchas que se atribuyen al Sr. Maura nos recuerda esa frase fernandina del tapón; pero renunciamos ahora aquí a comentarla, y hasta a citarla. Estamos con frases de hace un siglo, que a las veces parecen de hoy. Como aquella de: “Dios nos la depare buena; adiós, señores, hasta el valle de Josafat”, del erudito infante don Antonio Pascual, presidente que fué de la Junta Suprema de Estado.

Cuando el 11 de mayo de 1914 prebenció Madrid el que Mesonero Romanos llamó “el espectáculo repugnante” de la entrada de Fernando VII, que por su decreto del 4 del mismo mes, de Valencia, aboliendo la Constitución, ocasionó, según el mismo apacible y nada exaltado escritor, “tres guerras civiles, media docena de Constituciones y un sin número de pronunciamientos y de trastornos que nos hacen aparecer ante los ojos de

Europa como un pueblo ingobernable, como una raza turbulenta condenada a perpetua lucha e insensata y febril agitación”, el poeta Arriaza escribió para el arco levantado en lo alto de la calle de Alcalá un saludo “en mediana prosa”, que empezaba por: “¡Fernando! ¡Fernando! ¡Fernando!” y acababa: “Entra y descansa en el trono de tus mayores”. ¡Como si un trono pudiera ser lugar de descanso! Y España desde entonces, y desde mucho antes, no ha descansado. Y al cabo de dar vueltas y más vueltas, sangrientas las más de ellas, se encuentra en su pesadilla con los mismos espectros de hace un siglo.

En un reciente documento político, que parece escrito en 1824, se habla de revisión constitucional...

¡Liberales, a defenderse!

MIQUEL DE UNAMUNO